

Notas del Mes

En honor de don Félix Armando Núñez

El Directorio, el Consejo y la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad ofrecieron al Secretario General y Profesor señor Félix Armando Núñez una comida con motivo de la publicación de su último libro «Canciones de todos los tiempos». El Rector de la Universidad señor Enrique Molina ofreció la manifestación en los siguientes términos:

Desde hace algunos días sentimos enriquecido nuestro ambiente espiritual. Sin haber hecho nada por nuestra parte nos encontramos mejor en un sentido anímico: hay algo nuevo que nos rodea y nos acompaña, algo que atraviesa el aire y rasga las nubes, algo liviano e ingrávido, algo denso y diáfano a la vez, algo que nos regocija, sonrío e ilumina sin labios ni ojos visibles, como llegan las cosas de Dios. Vibra entre nosotros el estremecimiento de las «Canciones de todos los tiempos». Es un don que nos ha hecho nuestro amigo poeta Félix Armando Núñez. Aparecen a menudo muchos libros de versos; pero la aparición de uno de auténtica poesía es hecho raro, es un hecho de esos que debe anotar con aplauso y reconocimiento la historia de un pueblo, con más significación, sin duda, de lo que es para los astrónomos el surgir de una nueva estrella en el firmamento. Mas los resplandores de la gloria del poeta que reclama la ciudad donde la creación ha tenido lugar llegan también a nuestra Universidad en que el autor profesa como insigne maestro.

Pocos acontecimientos más memorables en la vida de un instituto universitario que las obras de ciencias, letras y artes que se dan a luz en su seno. Por esto el Directorio, el Consejo y la Facultad de Filosofía de la Universidad han querido manifestarle a Félix Armando Núñez sus más cálidas congratulaciones, su admiración y gratitud en la forma tradicional de una hora de cordial esparcimiento alrededor de esta mesa fraterna. ¿Hay nada más hermoso? Al conjuro de unas bellas canciones nos hemos reunido aquí y hemos venido a libar el dulce vino de la alegría en homenaje al poeta autor de ellas.

Los juicios de la crítica, unánimemente elogiosos han puesto de relieve los aspectos diferentes de la obra que celebramos. Quien ha dicho que es la de un clásico y lo ha dicho con razón si consideramos lo ceñido de su estilo. He expresado en otra ocasión que los poemas componentes del conjunto intitulado «Rosa Perfecta» son en mi sentir de lo más acabado que se haya escrito en lengua castellana. Quien ha dicho que el autor es parnasiano y también tiene razón si miramos la cultura del poeta que apunta en su cuidado de la forma y en la calidad de sus imágenes. Otros han destacado el romanticismo de nuestro amigo. Otros, las bellas notas marciales que resuenan en algunos de sus cantos. Otros, en fin, lo han llamado, y asimismo con bastante fundamento, poeta-filósofo. De todo hay en esta rica floración de un alma abierta al hechizo de la poesía. Hasta magníficas traducciones de grandes poetas como Goethe y Rabindranath Tagore. Lo que sí no hay es la turbia maraña del decadentismo, del futurismo, del ultra modernismo o del suprarrealismo. Estas negaciones estaban implícitas en lo que acabamos de afirmar sobre los caracteres positivos de la poesía de Félix Armando Núñez. No es su verso simplemente un tejido de palabras armoniosas ni pura música verbal que halaga los sentidos como espuma efímera. Tampoco lo hace servir de instrumento para reivindicaciones revolucionarias, políticas o sociales, que si bien pueden a veces, por excepción,

dar lugar a desahogos sentidos e inspirados de verdaderos poetas, encuentran con más propiedad su sitio adecuado en el discurso y en el ensayo. Menos es aun el verso de Núñez laberinto de frases rebuscadas, dislocadas y retorcidas, que nos hacen avanzar a tropezones por campos de símiles extravagantes y nos ofrecen como tesoro de profundidad lo que no es más que obscuridad pobre y superficial.

Obscuridad por falta de la auténtica antena poética. El verdadero poeta es un mago captador de las esencias del ser y de conexiones entre ellas que pasan de ordinario inadvertidas para el común de los mortales o que cuando las columbran ligeramente no logran expresarlas bien. Pero ahí está el poeta para ponérselas en claro al trasluz de sus metáforas. Todo el ser y particularmente el corazón humano son los panoramas—perspectivas, cumbres, valles, honduras y abismos—que el poeta nos alumbra con los focos de su alma. Como un hábil artífice de relojería desmonta pieza a pieza la maravillosa máquina de la viscera del amor y la convierte para nosotros en una caja de música que ya exulta y canta, ya apostrofa e increpa, ya se adormece en la sordina de sus notas, ya se desespera, llora y se queja. Y el poeta que nos conduce a ver vislumbres de las cosas que no hemos sabido traducir en signos expresivos, al encontrarnos interpretados por él, nos hace exclamar: «Eso es lo que hemos sentido».

Las condiciones que dejamos indicadas se observan en la poesía de Félix Armando Núñez. No es ola de palabras que pueden brotar fácilmente, pero que así como llegan se van y ni rayan en la substancia de las cosas. Trae el testimonio de hondas vivencias interiores. Como aquellas aguas de hontanares que se nos ofrecen gustosas, frescas, cristalinas y puras, porque han pasado trabajosamente muchas capas de la tierra antes de llegar a nosotros, esta poesía viene cargada de las esencias que ha arrastrado al delinearse pasando por la alquitara de un alma rica en resonancias íntimas.

Celebramos a Félix Armando Núñez como poeta nuestro y al emplear este posesivo quiero decir de Concepción y naturalmente de Chile. Con sobrado derecho llevará su nombre en caracteres brillantes el libro de oro de la poesía chilena. Pero no sería raro que algún litigio sobreviniera al respecto. Venezuela puede reclamar al poeta como suyo. Y con cierto derecho. Mas tranquilicémonos. El mérito de la obra dará la solución del conflicto. Ella rebasa los distornos de las patrias nacionales y pasa a ser un bien de la gran patria continental. Félix Armando Núñez posee legítimas ejecutorias para figurar entre los primeros poetas de América, de nuestra América hispana. La obra de Núñez es como una irradiación espiritual que partiendo de nuestra ciudad universitaria se difunde por todo el ámbito del idioma castellano.

Levantemos nuestras copas, símbolos en este caso de lo mejor que quiere ofrecer el hombre, por ese hecho glorioso y por nuestro amigo poeta que la ha causado.

Contestó el festejado en la siguiente forma:

Señores:

Esta noche de dorada felicidad, que semeja la gloria o la apoteosis, sobrepasa largamente todas las expectativas de mi vida, y en la generosidad vuestra que me la habéis brindado para siempre, siento, junto con mi buena ventura, algo como una presencia superior, como si una diáfana atmósfera musical me envolviese, como si Dios que no distingue entre sus criaturas humildes y grandes se hubiese derramado en torno mío. No sólo estoy abrumado de tanta gentileza y cordialidad, sino al mismo tiempo arrobado en la luz de hermosura que suscita vuestro corazón, como estaría el místico a los pies de lo inefable. Osaría decir que la bondad humana con ser tan grande y tan vuestra no habría podido tanto por sí sola.

Este ambiente, en este pueblo chileno, tan sobrio, tan fuerte, tan reconcentrado y espiritual—si no que lo proclamen sus pensadores, sus hombres de ciencia, sus poetas, sus músicos y sus artistas de todo orden—en esta ciudad tan bella y culta que la tradición ha significado con el auspicioso sobrenombre de la Atenas de Chile; esta reunión egregia de mis queridos compañeros de los cuerpos directivos de la Universidad local y de su Facultad de Filosofía en efusivo ágape destinado a festejarme; esta elocuencia conmovedoramente sencilla y fulgurante de belleza conceptual, con que el Presidente de nuestra amada Institución, el eminente educador y filósofo don Enrique Molina, me transfigura a través de su hondo afecto casi paternal para colocarme entre los primeros poetas de Hispanoamérica constituyen un extraordinario conjunto de áureas circunstancias que nunca me jactaría de merecer, y que bastarían a confundir al espíritu más vanidoso y a devolver el optimismo y la fe en la vida al más desfallecido y amargo.

Permitidme, pues, que acepte este magnífico, este grandioso, este generosísimo homenaje no como un tributo a mi persona sino más bien como un acto simbólico que os honra sobre manera, como una ocasión que el modesto libro de mis versos que acaba de ver la luz pública os ha ofrecido para sacrificar en el ara inmaculada de la Eterna Belleza, al igual que el Maestro Fray Luis ascendía de la música tañida por un organista ciego, a oír «otro modo de no precedera música, que es de todas las primera». Gallardo gesto de comprensión y benevolencia sin par con que nuestra Universidad señala acaso en estos momentos la alborada inicial para el gran día de las Musas en el continente.

Y permitidme también que en el aire de la noche, que parece recoger en el alto rscinto de las puras estrellas, voces queridas y remotas en el tiempo y el espacio, yo agite temblorosamente la rama de laurel que me brindáis, soñando ser digno de ella algún día, para hacerla brillar, como bañada de un

excelso rocío, con las lágrimas de mi madre lejana. Y de ella y de nuestra Universidad, esa otra madre benéfica—alma Mater—sea la gloria si alguna fulge en mis canciones.

Alzo mi copa por cada uno de vosotros, espitituales y cultísimos y muy queridos amigos míos, por nuestra Universidad y por don Enrique Molina, su Presidente, espejo de Rectores y cruzados de la Cultura y el Espíritu.